

Ut Hymettia sole  
Cera remollescit, tractataque pollice multas  
Vertitur in facies, ipsoque fit utilis usu <sup>1</sup>;

otro tanto hará el segundo con el tercero, en consideración de lo cual la dificultad no debe desesperarme, ni mi impotencia tampoco, porque no es más que la mía.

El hombre es tan capaz de conocer todas las cosas como de conocer algunas; y si confiesa, como Teofrasto dice, la ignorancia de las causas y principios primeros, que abandone resueltamente todo el resto de su ciencia; si el fundamento le falta, su razonamiento cae por tierra; la investigación y controversia no tienen otro fin ni deben detenerse más que ante las causas fundamentales; si tal fin no sujeta su carrera, va á parar indefectiblemente en la irresolución sin límites. *Non potest aliud alio magis minusve comprehendí, quoniam omnium rerum una est definitio comprehendendi* <sup>2</sup>. Verosímil es que si el alma supiera alguna cosa, conoceríase primeramente á sí misma; y de saber algo, aparte que no fuera el alma misma, ese algo sería su cuerpo y envoltura; sin embargo, hasta el día, los apóstoles de la medicina discuten sin llegar á ningún fin práctico, cuál sea la anatomía de nuestro organismo:

Mulciber in Trojam, pro Troja stabat Apollo <sup>3</sup>;

¿cuándo esperamos que se pongan de acuerdo? Más cerca estamos de nosotros mismos que de la blancura de la nieve ó de la pesantez de la piedra. Si el hombre no se conoce, ¿cómo ha de conocer sus funciones y sus fuerzas? Y no es que seamos incapaces en absoluto de poseer alguna que otra verdad; lo que hay es que cuando la alcanzamos es por casualidad, en atención á que por idéntico camino, de la misma suerte, acoge nuestra alma los errores; no tiene medio de separar ni distinguir la verdad de la mentira.

Los filósofos de la Academia admitían alguna modificación á esta idea, y creían que era en extremo exagerado decir, por ejemplo, «que no nos era más verosímil sostener que la nieve fuese blanca que negra, y que no estamos más seguros del movimiento de una piedra que nuestro brazo lanza que de la rotación de la octava esfera.» Para evitar principios tales que nuestra mente no puede admitir sino con violencia, aunque sientan que en modo alguno somos capaces de conocimiento y que la verdad yace encerrada en profundos abismos donde la vista humana no puede pene-

1. Como la cera del Himeto se ablanda con el sol y bajo la presión de los dedos va tomando formas diferentes y haciéndose más dúctil á medida que se la usa más. OVIDIO, *Metam.*, X, 248.

2. No es posible comprender una cosa más ó menos que otra, puesto que el medio de comprensión de todas las cosas es uno solo. CICERÓN, *Acad.*, II, 41.

3. El dios de las herrerías luchaba en contra, Apolo en pro de Troya. OVIDIO, *Trist.*, I, 2, 5.

trar, confiesan que algunas cosas son más probables que otras, y admiten en el juicio humano la facultad de poder inclinarse á unos pareceres más que á otros; en esto solo consentían sin permitirse llegar á solución ni resolución de ningún género. La opinión de los pirronianos es más atrevida y más verosímil también, pues la inclinación de los académicos, su propensión á admitir una idea antes que otra, ¿qué es sino el reconocimiento de alguna probabilidad mayor en un objeto que en otro? Si nuestro entendimiento es capaz de penetrar la forma, los contornos, el porte y cariz de la verdad, podría alcanzarla completa, lo mismo que á medias, naciente é incompleta. Aumentad esa apariencia de verosímilitud que los hace dirigirse antes al lado izquierdo que al derecho; esa onza de probabilidad que inclina la balanza, multiplicadla por ciento, por mil, y sucederá al cabo que el platillo caerá completamente y hará la elección de la verdad completa. ¿Pero cómo se dejan llevar por la verosímilitud si desconocen la verdad? ¿Cómo saben los caracteres de aquello cuya esencia ignoran? Si nuestras facultades intelectuales y nuestros sentidos carecen de fundamento y de base, si no hacen más que flotar á merced del viento que sopla, sin fundamento ni razón dejamos que nuestro juicio se incline á ningún punto concreto en la apreciación de las cosas, cualesquiera que sea la verosímilitud que éstas puedan presentarnos; y el más seguro asiento de nuestro entendimiento, al par que el más dichoso, sería aquel en que se mantuviera en calma, derecho é inflexible, sin agitaciones ni conmociones: *Inter visa vera, aut falsa, ad animi assensum, nihil interest* <sup>1</sup>. Que las cosas no penetran en nosotros en su forma y esencia, ni por su fuerza propia y autoridad, vémoslo sobradamente, porque si lo contrario aconteciera recibiríamoslas todos de igual modo: el vino tendría idéntico sabor en la boca del enfermo que en la del que goza de buena salud; el que padece de grietas en los dedos ó los tiene yertos de frío hallaría una resistencia parecida en la madera ó el hierro que maneja á la que encuentra el que los tiene sanos y en la temperatura normal.

Vemos, pues, que los fenómenos exteriores se rinden á nuestra discreción, acomodándose como nos place en nuestro organismo. Ahora bien, si alguna cosa recibiéramos sin alteración, si las fuerzas humanas fueran suficientemente capaces y firmes para apoderarse de la verdad por sus propios medios, siendo éstos comunes á todos los hombres, la verdad pasaría de mano en mano de unos á otros, y cuando menos habría algo en el mundo, de tanto como en él existe, que se creyera por general y universal consenti-

1. Ninguna diferencia hay entre las apariencias verdaderas ó falsas que solicitan el asentimiento de nuestro espíritu. CICERÓN, *Acad.*, II, 28.

miento; pero el hecho de que no haya ninguna idea que deje de ser debatida y controvertida por nosotros, ó que no pueda serlo, muestra bien á las claras que nuestro juicio natural no penetra con claridad lo que percibe, pues mi entendimiento no puede hacer que otro admita mis juicios, lo cual significa que yo los adquiri por virtud de un medio distinto al natural poder que permanezca en mí y en todos los hombres.

Dejemos á un lado esta confusión sin límites que se ve entre los mismos filósofos, y ese perpetuo y universal debate del conocimiento de las cosas; pues está fuera de duda que los hombres en nada están de acuerdo, y no me olvido de incluir á los más sabios ni á los más capaces, ni siquiera en que el cielo esté sobre nuestras cabezas; los que de todo dudan ponen también esto en tela de juicio, y los que niegan que seamos aptos para comprender cosa alguna, dicen que no hemos adivinado siquiera que el cielo está sobre nosotros. Las dos opiniones examinadas son evidentemente las más importantes.

Además de esta diversidad y división infinitas, fácil es convencerse de que nuestro juicio es voluble é inseguro por el desorden é incertidumbre que cada cual en sí mismo experimenta. ¿De cuántas maneras distintas no opinamos de las cosas? ¿Cuántas veces no cambiamos de manera de ver? Aquello que yo aseguro hoy, aquello en que creo, asegúrolo y créolo con todas mis fuerzas; todos mis instrumentos y mis resortes todos se apoderan de tal opinión y respóndennme de ella cuanto pueden y les es dable; yo no podría alcanzar ninguna verdad ni tampoco guardarla con seguridad mayor; ella posee todo mi ser por modo real y verdadero; mas, á pesar de todo, ¿no me ha sucedido, y no ya una vez, sino ciento y mil, todos los días, abrazar otra idea con la ayuda de idénticos instrumentos y de la misma suerte, que luego he considerado como falsa? Lleguemos siquiera á la prudencia á nuestras propias expensas. Si me engañaron muchas veces mis sentimientos; si mis conclusiones son ordinariamente falsas é infiel la balanza de que dispongo, ¿qué seguridad mayor que las otras puede inspirarme la última idea? ¿No es estúpido dejarse engañar tantas veces por el mismo guía? Y, sin embargo, que el azar nos cambie quinientas veces de lugar, que llene y desaloje como en un vaso, en nuestro juicio, las ideas más contradictorias y antitéticas; siempre la presente, la última, es la cierta y la infalible: por ella debemos abandonarlo todo, bienes, honor, salvación y vida.

Posterior... res illa reperta  
Perdit et immutat sensus ad pristina quæque 1.

1. La última cosa que impresiona nuestro espíritu le aparta de las primeras  
LUCRECIO, V, 1413.

Prediquese lo que se quiera, sea cual fuere lo que aprendamos, sería preciso acordarse siempre de que es el hombre el que enseña y el hombre mismo el que acepta la doctrina; mortal es la mano que nos lo presenta y mortal la que lo recibe. Únicamente las cosas que nos vienen del cielo tienen autoridad y derecho de persuasión; ellas sólo llevan impresa la huella de la verdad, la cual tampoco vemos con nuestros ojos, ni acogemos con nuestros naturales medios, pues tan grande y tan santa imagen no podría encerrarse en tan raquítico domicilio, si Dios para ello no le preparara, si Dios no le reformara y fortificara por virtud de su gracia y favor particular y sobrenatural. Al menos debiera nuestra condición, siempre sujeta á error, hacer que nos condujéramos con moderación y recato mayores en nuestros cambios; cualesquiera que sean las especies que nuestro entendimiento acoja, debiéramos recordar que recibimos con frecuencia las falsas y que con los mismos instrumentos defendemos la verdad que combatimos el error.

No es por tanto extraordinario que los hombres se contradigan, siendo tan propensos á inclinarse y á torcerse por las causas más nimias. Es evidente que nuestra concepción, nuestro juicio y todas las facultades de nuestra alma en general, se modifican según los movimientos y alteraciones del cuerpo, las cuales no cesan ni un momento. ¿No tenemos el espíritu más despierto, la memoria más pronta, la comprensión más viva en estado de salud que cuando estamos enfermos? El contento y la alegría, ¿no nos hacen ver los objetos que se presentan á nuestra alma opuestamente á como nos los muestran la tristeza y la melancolía? ¿Pensáis, acaso, que los versos de Catulo ó de Safo sonríen á un viejo avaro é impotente como á un joven vigoroso y ardiente? Cleómenes, hijo de Anaxándridas, hallándose enfermo, fué reprendido por sus amigos de caprichos nuevos y en él no acostumbrados. «Ya lo creo, repuso aquél; como que no soy el mismo que cuando gozaba de salud cabal; puesto que cambió mi naturaleza, cambiaron también mis gustos é inclinaciones.» En los embrollos de nuestros tribunales óyese esta frase: *Gaudeat de bona fortuna*, que se aplica á los delincuentes cuyos jueces están de buen temple ó son dulces y benignos, pues es indudable que las sentencias son unas veces más severas, espinosas y duras, otras más suaves y propensas á la disculpa; tal que salió de su casa con el dolor de gota, la pasión de los celos ó incomodado por el latrocinio de su criado, como lleva el alma tinta y saturada de cólera, no hay que dudar que su dictamen deje de propender hacia esa pasión. Aquel venerable senado areopagita juzgaba durante la noche temiendo que la vista de los acusados corrompiera su justicia. La atmósfera misma y la serenidad del cielo imprimen en nosotros mu-

taciones y cambios, como declara un verso griego que Cicerón interpretó así:

Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse  
Juppiter auctifera lustravit lampade terras <sup>1</sup>.

No son sólo las fiebres, los breves y los desórdenes del organismo lo que da en tierra con nuestro juicio; las cosas más insignificantes le trastornan, y no hay que poner en duda, aunque nosotros no lo advirtamos, que si la continua calentura puede aniquilar nuestra alma, la terciana también la altera proporcionadamente <sup>2</sup>. Si la apoplejía adormece y extingue por completo la vista de la inteligencia, no hay que dudar que el resfriado no la oscurezca también. Por todo lo cual apenas si puede encontrarse durante todo el curso de nuestra vida una sola hora en que nuestro juicio se encuentre en su debido asiento; nuestro cuerpo está sujeto á tan continuos cambios, constituido por tantas clases de resortes, que yo creo lo mismo que los médicos que no haya siempre alguno que se salga de su lugar.

Además los males no se descubren fácilmente; para ello precisa que sean extremos é irremediables, tanto más cuanto que la razón camina siempre torcida, cojeando, lo mismo con la mentira que con la verdad, de suerte que es bien arduo descubrir sus daños y desarreglos. Llamo yo razón á la probabilidad discursiva que cada uno se forja; de ellas puede haber cien contrarias sobre un mismo objeto, pues es un instrumento de plomo y cera, alargable, plegable y acomodable á todas las medidas y coyunturas, según la capacidad del que lo maneja. Por honrados que sean los propósitos de un juez, si no se escucha de cerca, en lo cual pocas gentes se entretienen, la simpatía hacia la amistad, el parentesco, la belleza ó la inclinación á la venganza, y no ya cosas de tanta monta; tan sólo el instinto fortuito que nos mueve á favorecer una cosa más que otra, y que nos facilita, sin el concurso de la razón, aquel á que nos inclinamos entre dos análogos dictámenes, ó alguna otra bagatela semejante, pueden insinuar insensiblemente el juicio hacia la benevolencia ó malevolencia en una causa, y hacer que la balanza se tuerza.

Yo, que me espío más de cerca, que tengo incesantemente los ojos tendidos sobre mí, como quien no tiene gran cosa que hacer en otra parte,

1. Los pensamientos de los hombres cambian á veces porque el sol alumbra con más ó menos intensidad. Cicerón tradujo estos versos de la *Odissea*, XVIII, 135.

2. Otra causa inducente á error nos domina: las enfermedades, que trastornan el juicio y los sentidos. Y si las grandes lo alteran sensiblemente, no dudo que las pequeñas dejen de producir impresión, proporcionalmente. PASCAL.

Quis sub Arcto  
Rex gelidæ metuatur oræ,  
Quid Tiridatem terreat, unice  
Securus <sup>1</sup>.

apenas si me atrevo á confesar la debilidad é insignificancia que encuentro en mí mismo; mi fundamento es tan instable y está tan mal sentado, tan propenso á caer y tan presto á influenciarse por el menor movimiento, y mi vista tan desordenada, que en ayunas me reconozco otro que después de la comida; si la salud y la claridad de un hermoso día me sonrien, hêteme hombre urbano á carta cabal; si me duele un callo y me prensa el dedo gordo, hêteme hombre desagradable é intratable; el mismo paso del caballo me parece unas veces molesto, otras agradable; el mismo camino unas veces más corto y otras más largo; y un mismo objeto unas veces más y otras menos simpático; momentos hay en que estoy dispuesto á hacerlo todo, otros en que no me siento capaz de hacer nada; lo que ahora me es grato, otra vez me apenará. Cúmplense en mi persona mil agitaciones casuales é indiscretas; ya el humor melancólico me domina, ya el colérico, y por su privado poderío ciertos momentos predomina en mí la alegría, ciertos otros la tristeza. A veces cuando cojo un libro, advierto en tal ó cual pasaje gracias sin cuento que emocionan mi alma dulcemente; luego las busco de nuevo en el mismo libro é inutilmente le doy vueltas, desaparecieron, se borraron ya para mí. En mis escritos mismos no siempre encuentro el aire de mi primera imaginación; no sé lo que quise decir, y me esfuerzo á veces por corregir y poner un nuevo sentido por haber perdido el hilo del primero, que valia más. Todo en mí se convierte en idas y venidas; mi racionio no camina siempre hacia adelante, antes bien se mantiene flotante y vago,

Velut minuta magno  
Deprensa navis in mari, vesaniénte vento <sup>2</sup>.

Muchas veces, y en ocasiones lo hago adrede, tomando como cosa de ejercicio y distracción el mantenimiento de una idea contraria á la mía, aplicándose á ello mi espíritu con ahinco é inclinándose de ese lado, me sujeto de tal modo que no encuentro ya las huellas de la opinión contraria y me alejo de ella. Déjome llevar adonde me inclino, de cualquier modo que sea, y me deslizo por mi propio impulso.

Cada cual, sobre poco más ó menos, diría otro tanto de sí mismo si como yo se mirara y considerara. Los predi-

1. Le tiene sin cuidado saber qué rey es objeto de temor bajo la Osa helada, ó qué es lo que á Tiridate amedrenta. HORACIO, *Od.*, I, 26, 3.

2. Como barquilla retenida en alta mar por un viento contrario. CATULO, *Epig.*, XXV, 12.

cadores saben que la emoción que les gana cuando hablan los acalora más en las creencias; todos, cuando la cólera nos domina, defendemos con más brio nuestras ideas, las imprimimos en nosotros y las abrazamos con mayor vehemencia y aprobación, que encontrándonos pacíficos y en completa calma. Referís sencillamente una causa á vuestro abogado, el cual os responde vacilante y dudoso, y echáis de ver al punto que le es del todo indiferente sostener un partido ó el opuesto; pero si le habéis pagado bien para que aguce el diente y la tome á pechos, entonces toma la cosa en serio y su voluntad empieza á exaltarse, al par de su razón y su ciencia; una verdad clara é indubitable se presenta á su entendimiento; descubre en él nueva luz, cree aquélla á ciencia cierta, su persuasión es completa. Y en ocasiones, yo no sé si es el ardor que nace del despecho y la obstinación frente á la violencia del magistrado para combatir el daño general ó el interés de la propia reputación, lo que hizo á ciertos hombres sostener hasta abrasarse el alma, una opinión que entre sus amigos y en situación tranquila de espíritu no les hubiera calentado ni siquiera la yema de los dedos. Los movimientos y sacudidas que nuestra alma recibe por las pasiones corporales ejercen sobre ella una gran influencia, pero tienen aun mayor poderío las suyas propias, á las cuales está fuertemente ligada de tal modo, que quizás pueda sostenerse que no tiene otro movimiento que el que producen sobre ella los vientos que la agitan y que sin el influjo de los mismos permanecería quieta como un navío en alta mar, al cual los vientos abandonaron. Quien mantuviera este principio conforme á la opinión de los peripatéticos no nos engañaría mucho, puesto que está probado que las acciones más hermosas del alma proceden y han menester del impulso de las pasiones. El valor, dicen aquéllos, no se puede alcanzar sin la asistencia de la cólera; *semper Ajax fortis, fortissimus tamen in furore*<sup>1</sup>; ni se persigue á los malos ni á los enemigos con vigor bastante si la cólera no nos domina. El abogado debe inspirar la ira á los jueces para alcanzar de ellos justicia.

La sed de riquezas movió á Temístocles, á Demóstenes y lanzó á algunos filósofos á soportar trabajos y vigilias y á emprender viajes dilatados; la misma pasión nos lleva al honor, á profesar determinada doctrina y á desear la salud, que son fines útiles. La cobardía del alma para soportar las desdichas y las tristezas, engendra en la conciencia la penitencia y el arrepentimiento, y nos hace sentir el azote de Dios para nuestro castigo y las miserias de la corrección de nuestros semejantes; la compasión aguijonea la clemen-

1. Ajax siempre valiente, pero valentísimo cuando el furor le mueve. CICERÓN, *Tusc.*, IV, 23.

cia; la prudencia que sirve para conservarnos y gobernarlos se aviva por nuestro temor; ¿cuántas acciones hermosas no reconocen por móvil la ambición, cuántas la presunción? Ninguna virtud potente y suprema deja de reconocer por causa la pasión. ¿Y no será ésta una de las razones que movió á los epicúreos á descargar á Dios de todo cuidado y solicitud en las cosas de nuestra vida, puesto que ni los efectos mismos de su bondad pueden tocarnos sin agitar nuestro reposo por medio de las pasiones, que son como el incentivo y la sollicitación que encaminan al alma á las acciones virtuosas, ó bien pensaron de otro modo y creyeron que son como movimientos tempestuosos que arrancan violentamente al alma de su tranquilo asiento? *Ut maris tranquillitas intelligitur, nulla, ne minima quidem, aura fluctus commovent: sic animi quietus et placatus status cernitur, quum perturbatio nulla est, qua moveri queat*<sup>1</sup>.

¿Á qué diferencia de apreciaciones, y á cuántas opiniones encontradas no nos lleva la diversidad de las pasiones que batallan dentro de nosotros? ¿Cuál es, por consiguiente, la seguridad que puede inspirarnos cosa tan instable y movable, sujeta por natural condición al transtorno y al desorden, y que jamás camina sino con forzado y ajeno paso? ¿Si nuestro juicio mismo es víctima de enfermedad y perturbación; si por ello se ve forzado á considerar las cosas loca y temerariamente, cuál es la seguridad que podemos esperar de él? Atrevimiento grande es el de los filósofos al considerar que los hombres realizan acciones y se asemejan más á la divinidad cuando se encuentran fuera de sí, en estado de furia é insensatez; vamos camino de la enmienda merced á la privación y amodorramiento de nuestra razón; las dos sendas naturales para entrar en el palacio de los dioses y prever el destino son el furor y el sueño. Todo lo cual es peregrino: por el transtorno con que las pasiones alteran nuestra razón, hétenos convertidos á la virtud, y por la extinción de la misma, á que el furor ó el sueño nos llevan, nos trocamos en profetas y adivinos. Jamás hubiera podido yo encontrarme en más cabal acuerdo. Lo que á la filosofía por mediación de la verdad sacrosanta inspiró contra sus generales proposiciones, ó sea que el estado tranquilo de nuestra alma, el más sosegado, el más sano que los filósofos puedan imaginar, no es la mejor situación de nuestro espíritu, porque nuestra vigilia está más dormida que nuestro sueño; nuestra prudencia es menos moderada que la locura; nuestros ensueños aventajan á la razón, y el peor lugar donde podamos colocarnos reside en nosotros mismos. ¿Pero suponen los filósofos

1. Así como concebimos la calma del mar cuando ni el más leve soplo mueve sus ondas; así también juzgamos que el alma está serena y tranquila cuando no hay en ella ninguna pasión que pueda agitarla. CICERÓN, *Tusc.*, V, 6.

poder suficiente en las criaturas para advertir que cuando del hombre se desprendió el espíritu, tan clarividente, grande y perfecto, y mientras el mismo espíritu permanece en él tan ignorante, terrestre y ciego, es una voz que parte del espíritu la que se alberga en el hombre ignorante y obscuro, y por consiguiente increíble?

Yo no tengo experiencia grande de esas agitaciones vehementes, porque mi temperamento es débil y mi compleción reposada; la mayor parte de ellas sorprenden de súbito nuestra alma sin darla tiempo para reconocerse, pero esa pasión que según el común sentir la ociosidad engendra en el corazón de la juventud, aunque se desarrolle lentamente, representa sin duda, para los que intentaron oponerse á su desarrollo, la fuerza de aquellos grandes trastornos que nuestro juicio experimenta. En otra época me propuse mantenerme firme para combatirla y rechazarla, pues tan lejos estoy de ser de aquellos que buscan los vicios, que ni siquiera los sigo cuando no me arrastran; sentíala nacer, crecer y aumentar á despecho de mi resistencia, y por fin agarrarme y poseerme, de tal suerte que, cual si estuviera desvanecido, la imagen de las cosas comenzaba á parecerme distinta que de costumbre; indudablemente veía abultarse y crecer los méritos del objeto que yo deseaba, y advertía que se engrandecían é inflaban merced al viento de mi imaginación; las dificultades de mi empresa facilitarse y allanarse, mi razón y mi conciencia perder la brújula. Mas luego que se evaporó este ardor, al momento, como iluminada por la claridad de un relámpago, mi alma adquirió luz nueva, diferente estado, juicio distinto; las dificultades de alejarme me parecían grandes é invencibles, é idénticos objetos mostráronseme con cariz bien diferente á como el calor del deseo me los había presentado. ¿Cuál de los dos aspectos era el verdadero? Los pirronianos nada saben sobre este punto. Jamás estamos libres de dolencias; las calenturas tienen sus grados de calor y de frío; de los efectos de una pasión ardorosa caemos en otra helada: cuanto me había lanzado adelante, otro tanto fué mi retroceso:

Qualis ubi alterno procurrens gurgite pontus,  
Nunc ruit ad feras, scopulosque superjacit undam  
Spumeus, extremamque sinu pefundit arenam;  
Nunc rapidus retro, atque aestu revoluta resorbens  
Saxa, fugit, littusque vado labente relinquit<sup>1</sup>.

El conocimiento de mi propia volubilidad engendró en mí cierta constancia de opiniones; así que, apenas si he modificado las naturales y primeras que recibí; sea cual fuere la verosimilitud que en lo nuevo pueda haber, yo no

1. Como el mar impulsado por alternativas fuerzas, primero avanza tierra adentro, cubre de espuma las rocas y se extiende por extensos arenales, y luego retrocede rápido arrastrando consigo las piedras que antes trajera y deja la playa descubierta. VIRGILIO. *Eneida*, XI, 624.

me inclino á ello fácilmente, porque temo perder en el cambio, y como no me siento capaz de escoger, déjome guiar por otro y me mantengo en el lugar en que Dios me colocó: si así no obrara, rodaría incesantemente. Así, merced á la bondad divina pude sostenerme íntegro, sin agitación ni trastornos en la conciencia, en las antiguas creencias de nuestra religión, al través de tantas sectas y opiniones como nuestro siglo ha producido.

Los escritos de los antiguos, hablo de los más notables, sólidos y vigorosos, ejercen sobre mí grande influencia y me llevan donde quieren; el autor que leo me parece siempre el más fundamental, creo que todos tienen razón, cada cual cuando le toca el turno, aunque prediquen opiniones contrarias. Esta facilidad que gozan los buenos escritores de convertir en verdadero ó verosímil todo lo que quieren, y el que nada haya por peregrino que sea con que no puedan engañar una sencillez parecida á la mía, es una demostración evidente de la debilidad de sus pruebas. El cielo y las estrellas se movieron durante tres mil años, todo el mundo lo creyó así hasta que Cleanto el samiano, ó según Teofrasto, Nicetas de Siracusa sentaron la opinión de que era la tierra la que se movía, por el círculo oblicuo del zodiaco, dando vueltas al rededor de su eje; y en nuestra época, Copérnico ha demostrado tan bien esta doctrina, que la ha puesto en armonía con la marcha de todos los cuerpos celestes: ¿qué deducir de aquí sino que debe importárenos poco cuál sea el cuerpo que realmente se mueva? ¿Quién sabe si de aquí á mil años una tercera opinión echara por tierra los dos pareceres precedentes!

Sic volvenda estas commutat tempora rerum:  
Quod fuit in pretio, fit nullo denique honore;  
Porro aliud succedit, et e contemptibus exit,  
Inque dies magis appetitur, floretque repertum  
Laudibus, at miro est mortales inter honore<sup>1</sup>.

Así que, cuando se nos muestra alguna doctrina nueva, tenemos motivos sobrados para desconfiar y para suponer que, antes de presentarse la misma en el mundo, la contraria gozaba de crédito y estaba en boga; y como la moderna acabó con la antigua, podrá suceder que se le ocurra á alguien en lo porvenir un tercer descubrimiento que destruirá del mismo modo el segundo. Antes de que las doctrinas de Aristóteles gozaran de universal aprobación, otros principios contentaban la razón humana, como aquéllas la gobiernan actualmente. ¿Qué privilegio tienen éstas para que la marcha de nuestra invención se detenga en

1. Conforme el tiempo transcurre va cambiando el valor de las cosas; lo que era antes apreciado no merece ahora ninguna estimación; ha venido á ocupar su puesto algo distinto que antes era menospreciado á su vez, y ahora cada día con vehemencia mayor es de todos apetecido, y goza de gran predicamento é inagotables alabanzas. LUCRECIO, V, 12, 75.

ellas ni para que á las mismas en lo venidero permanezca sujeta nuestra creencia? En manera alguna están exentas de ser abandonadas, como no lo estuvieron las que reinaron antes. Cuando con algún argumento sólido se me invita á convencerme de algo nuevo, creo de buen grado que si yo no puedo rebatirlo, otro lo derribará por mí, pues dar crédito á todo cuanto no podemos negar, sería simplicidad grande, y ocurriría además, siguiendo tal inclinación, que las creencias del vulgo, y todos lo somos, darían tantas vueltas como una veleta; pues el alma del mismo, como es débil y sin resistencia, veríase forzada á admitir constantemente distintas ideas; la última borraría todas las precedentes. Quien se reconozca sin fuerzas bastantes para argumentar debe responder, según costumbre, que reflexionará sobre el particular, ó remitirse á los más avisados de quienes ha recibido la instrucción. ¿Cuánto tiempo hace que la medicina existe? Dicese que un médico moderno, nombrado Paracelso<sup>1</sup>, cambia y desmenuza toda la doctrina antigua, y sostiene que hasta el presente aquella ciencia no había servido sino para matar á los hombres. Yo creo de buen grado que probará bien su aserto, mas poner mi vida á prueba de sus nuevas experiencias creo que no sería muy prudente. No hay que creer lo que dice todo el mundo, reza el proverbio, porque entre todos lo dicen todo. Un hombre amigo de novedades y cambios en las ideas que sobre las cosas de la naturaleza profesamos decíame, no ha mucho, que la antigüedad había albergado evidentemente ideas erróneas en lo relativo al viento y á sus movimientos, y prometió demostrármelo si tenía la paciencia de escucharle. Luego que hube puesto alguna atención para oír sus argumentos, que eran de todo en todo verosímiles, díjele: «Cómo, pues, ¿los que navegaban con arreglo á los principios de Teofrasto iban á parar al Occidente cuando vogaban hacia Levante? ¿Marchaban extraviados ó reculando? — El azar los llevaba á buen camino, me repuso, pero realmente se engañaban.» Yo le repliqué que prefería proceder según los resultados que según la razón; verdad que con frecuencia se contradicen. Se me ha demostrado que en la geometría, que se considera como la más cierta entre todas las ciencias, hay demostraciones evidentes, contrarias á lo que la experiencia nos enseña. Santiago Peletier<sup>2</sup> me dijo un día estando en mi casa que había ideado dos líneas, las cuales encaminándose la una hacia la otra no llegaban á tocarse hasta el infinito, y así lo probaba. Los pirronianos emplean todos sus argumentos y razones para destruir lo que la experiencia nos dicta; maravilla

1. Porque Paracelso trató de echar por tierra las obras de Galeno y Avicena é intentó sustituir con la filosofía hermética las tradiciones de la ciencia antigua.

2. Santiago Peletier, matemático, poeta y gramático; nació en el Mans, en 1517 y murió en París en 1582.

el considerar hasta qué punto les acompañó en tal designio la flexibilidad de la razón humana para combatir la evidencia de las cosas, pues llegan hasta demostrar que no nos movemos, que tampoco hablamos, que no hay cuerpos pesados y que el calor no existe, con igual fuerza de argumentos como se prueban las cosas más verosímiles. Tolomeo, que fué un hombre eminentísimo, fijó en su época los límites del universo; todos los antiguos filósofos creyeron saber hasta dónde llegaba, salvo algunas excepciones: las islas apartadas que podían escapar á su conocimiento. Hace mil años se habría considerado como pirroniano á quien hubiera puesto en duda la ciencia cosmográfica y las opiniones recibidas por todos en este punto; habría sido una herejía creer en la existencia de los antipodas; mas he aquí que en nuestro siglo se ha descubierto una dilatadísima extensión de tierra firme, y no ya una isla, no una región particular, sino una superficie casi igual en magnitud á la que antes nos era conocida. Nuestros geógrafos no dejan de asegurar que ahora ya todo está visto y todo está hallado:

*Nam quod adest præsto, placet, et pollere videtur* <sup>1</sup>.

Falta saber, puesto que á Tolomeo le engañaron sus cálculos y razonamientos en lo antiguo, si no será una simpleza fiarme en lo que los modernos me dicen, y si no es lo seguro que este gran cuerpo que llamamos mundo sea cosa bien diferente de lo que juzgamos <sup>2</sup>.

Platón dice que el universo muda de aspecto constantemente; que el sol, las estrellas y el cielo, cambian á veces el movimiento que vemos de Oriente en Occidente en sentido contrario. Los sacerdotes egipcios contaron á Herodoto que desde la época del primer rey que tuvieron, hacia once mil años (y de todos los soberanos le enseñaron las efigies en estatuas que habían sido tomadas del natural), el sol había cambiado cuatro veces su curso; que el mar y la tierra se truecan alternativamente el uno en la otra y que la época en que el mundo nació no puede determinarse. Aristóteles y Cicerón creen lo mismo, y un filósofo moderno asegura que existió siempre, que muere y renace; y para probar su aserto cita los nombres de Salomón é Isaías, á fin de evitar las contradicciones de que Dios ha sido á veces criador sin criatura, que ha estado ocioso, que se desdijo de su ociosidad poniendo su mano en esta obra del mundo, y que, por consiguiente, está sujeto á variación. La más famosa escuela filosófica griega considera al universo

1. Pues lo que tenemos presente nos agrada y nos parece más estimable que todo lo demás. LUCRECIO, V, 1411.

2. Aunque lo que sigue á esta frase parece indicar que por mundo Montaigne entiende el universo, y no la tierra, vea sin embargo que aquí habla de la tierra, cuyos límites cree que no se han encontrado todavía, y que Pascal tuvo razón de censurarle este escepticismo como ignorancia. ERNESTO HAVET.

como un dios, creado por otro dios más grande, compuesto de un cuerpo y un alma que se halla en el centro del mundo primero y se extiende armónicamente á toda la circunferencia. Este mundo es felicísimo, muy grande, muy sabio, eterno, é incluye otros dioses: la tierra, el mar, los astros, que se relacionan entre si en agitación armoniosa y perpetua, como si dijéramos en una danza divina, apartándose unas veces, acercándose otras, ocultándose y mostrándose los unos á los otros, cambiando de lugar ya hacia adelante, ya hacia atrás. Heráclito decia que el mundo estaba compuesto de fuego, y conforme á las leyes del destino debía un dia inflamarse y convertirse en fuego para renacer nuevamente. De los hombres aseguró Apuleyo, *sigillatim mortales, cunctim perpetui*<sup>1</sup>. Alexandro<sup>2</sup> notificó á su madre la relación de un sacerdote egipcio, sacada de los monumentos de este pueblo, que probaba la antigüedad remotísima del mismo, y en el que se hablaba además verídicamente del origen y progresos de otros países. Cicerón y Diodoro dijeron que la cronología caldaica comprendia hasta cuatrocientos mil años. Aristóteles, Plinio y otros aseguraron que Zoroastro había vivido seis mil años antes que Platón; éste afirma que los habitantes de la ciudad de Sais guardaban por escrito memorias de ocho mil años y que Atenas fué edificada mil años que la dicha ciudad. Epicuro cree que los fenómenos que en este mundo presentamos y tales como los vemos, se verifican de idéntico modo en otros mundos, lo cual hubiera sostenido con seguridad mayor si hubiese tenido noticia de la semejanza de los países recientemente descubiertos con el nuestro, así en el presente como en el pasado.

En verdad, considerando lo que hemos podido conocer del gobierno del mundo físico, hame maravillado á veces el ver á una distancia grandísima de lugares y tiempos las analogías en un número considerable de ideas populares, disparatadas y de creencias salvajes, las cuales por ningún concepto parecen derivar de nuestra natural condición. ¡Hacedor grande de milagros es el espíritu humano! Pero esa semejanza tiene todavía algo más de extraordinario, pues se descubre hasta en los nombres y en mil otras cosas, y hay pueblos que jamás tuvieron, que se sepa, ninguna nueva de nosotros en que se practicaba la circuncisión<sup>3</sup>; otros en que había Estados grandes gobernados por

1. Paradójicamente son mortales; la especie es la eterna. APULEYO, *de Deo Socratis*.

2. Esta carta de Alejandro, que no ha llegado á nosotros, era probablemente apócrifa, como las que conocemos de este héroe en que describe sus expediciones de la India.

3. Montaigne amontona aquí todos estos relatos tal y como los encontró en algunas relaciones sin cuidarse de examinar si son reales ó ficticios. Pueden leerse detallados, casi de igual modo que en estas páginas se transcriben, en la *Historia de la Conquista de Méjico*, de Solís, y en el *Comentario Real del Iaca Garcilaso de la Vega*. (C.)

mujeres, sin el concurso de hombres; otros en que había algo equivalente á nuestra cuaresma y ayunos, junto con la privación de los placeres amorosos; en algunos lugares la cruz era venerada, ya colocándola en las sepulturas, ya en otros sitios; la de san Andrés empleábanla para librarse de las visiones nocturnas, y se servían de ella para preservar de encantamientos á los recién nacidos; en otra parte encontraron una de madera, de gran elevación, que adoraban como dios de la lluvia, la cual estaba plantada lejos del mar, bien adentro en la tierra firme; vióse en algunas regiones una visible representación de nuestras penitencias; el uso de mitras; el celibato eclesiástico; el arte de adivinar por medio de las entrañas de los animales sacrificados; la abstinencia de toda clase de carnes y pescados para alimentarse; la costumbre de emplear los sacerdotes un habla particular y no la corriente en el culto divino; la creencia de que el primer dios había sido vencido por el segundo, que nació después; la idea de que los hombres fueron criados en medio de delicias, que luego perdieron por el pecado en que incurrieron; la creencia de que fué cambiado su territorio y empeorada su condición natural; la de que en lo antiguo fueron sumergidos por la inundación de las aguas celestes, y que se salvaron sólo unas cuantas familias guareciéndose en los huecos más altos de las montañas, los cuales taparon de manera que el agua no penetrase, encerrando dentro algunas especies de animales; y que cuando advirtieron que la lluvia cesó hicieron salir algunos perros que, como volvieran mojados, juzgaron que el agua apenas había bajado todavía; luego hicieron salir otros que volvieron llenos de lodo, y entonces salieron á repoblar el mundo, que encontraron lleno de serpientes. Sábese que en algunos países creyeron en el juicio final, de tal suerte que se sublevaron contra los españoles porque extendían los huesos de los muertos al registrar las riquezas de sus sepulturas, alegando que estos huesos extraviados no podrían luego fácilmente juntarse. Vióse también ejercer el comercio por medio del cambio, sin otro procedimiento diferente, y establecidos ferias y mercados á este fin; enanos y criaturas deformes para ornamento de las mesas; empleo de los halcones para la caza; subsidios tiránicos; jardines regalados y vistosos; danzas y saltos complicados; música instrumental; escudos nobiliarios, juego de pelota, de dados y otros de azar, en los cuales se exaltaban á veces hasta jugarse ellos mismos y su libertad; practicábase en algunos lugares la medicina por encantamientos y sortilegios; encontróse en otros la escritura jeroglífica, la creencia en un primer hombre, padre del género humano; la adoración de un dios que había vivido como hombre en estado de virginidad perfecta, que practicó el ayuno y la penitencia, que predicó la ley natu-

ral y las ceremonias de la religión, y que desapareció de la tierra milagrosamente; la creencia en los gigantes; la costumbre de emborracharse con ciertos brebajes y el hábito de beber á competencia; viéronse igualmente ornamentos religiosos en que había pintadas osamentas y cabezas de muertos, vestiduras sacerdotales, agua bendita é hisopos; mujeres y criados que se hacían quemar y enterrar con el marido ó con el amo cuando éstos morían; establecida la ley de que los primogénitos heredaran todos los bienes, no dejando á los segundos parte alguna, y si sólo la obligación de obedecer; costumbre en la institución de algunos empleos de grande autoridad de que el que los recibía adoptara un nombre nuevo y dejara el que hasta entonces había usado; costumbre de poner cal en la rodilla del niño recién nacido, diciéndole al propio tiempo: «De la tierra viniste y en tierra te convertirás»; y el arte de los augurios. Estos vagos asomos de nuestra religión, que se muestran palmarios en algunos de los ejemplos citados, dan testimonio de la dignidad divina, y prueban que no solamente se insinuó en todas las naciones infieles del mundo antiguo por algunas huellas, sino también en las del nuevo, merced á una común y sobrenatural inspiración, pues tuvieron éstas igualmente la creencia en el purgatorio, con la sola diferencia de que para ellas en lugar de fuego habría en él un frío polar, y suponían que las almas habían de ser castigadas y purgadas merced á los rigores de una frialdad extrema. Y este ejemplo me recuerda otra graciosa diversidad de costumbres: así como se encontraron pueblos que gustaban aligerar el extremo del miembro, cortando el pellejo á la mahometana y á la judía, hubo otros que hicieron tan grave caso de conciencia de no aligerarlo, que se servían de cordoncitos para mantener la piel cuidadosamente estirada y sujeta por encima, de modo que la punta no viese el aire. De la propia suerte que nosotros honramos á nuestros monarcas y las fiestas á que asistimos adornándonos con los mejores vestidos que tenemos, en algunas regiones, para mostrar disparidad y sumisión á su rey, los súbditos se presentaban á él con sus trajes más harapientos; al entrar en el palacio se ponían uno viejo y desgarrado sobre el bueno, á fin de que todo el brillo y ornamento pertenecieran al amo. Pero sigamos con nuestros argumentos.

Si la naturaleza comprende dentro de los límites de su progreso ordinario como todas las demás cosas las creencias, juicios y opiniones de los hombres; si todos estos atributos tienen también sus revoluciones, sus épocas, nacimiento y muerte, como las coles; si el firmamento influye sobre ellos y los hace rodar con él, ¿qué autoridad magistral ni fundamental podemos atribuirlos? Si por experiencia tocamos y palpamos que la constitución de nuestro ser

depende del aire, del clima y del terruño en que nacemos, y no ya sólo el tinte, la estatura, la complexión é inclinaciones, sino también las facultades del alma; *et plaga coeli non solum ad robur corporum, sed etiam animorum facit*<sup>1</sup>, dice Vegecio; si la diosa fundadora de la ciudad de Atenas eligió para situarla la región en que reinara un ambiente que hiciera á los hombres prudentes, conforme los sacerdotes egipcios dijeron á Solón, *Athenis tenue caelum; ex quo etiam acutiores putantur Attici: crassum Thebis; itaque pingues Thebant, et valentes*<sup>2</sup>; de suerte que como los vegetales y los animales difieren según los climas, acontece lo propio con los hombres, quienes por idéntica causa son más ó menos belicosos, justos, moderados ó dóciles; aquí sujetos al vino, allá al robo y á la lujuria; en unos sitios inclinados á la superstición, en otros á la incredulidad; aquí propenden á la libertad, allí á la servidumbre; en unos lugares son aptos para el cultivo de las ciencias ó las artes, en otros son groseros y en otros ingeniosos; ya obedientes, ya rebeldes, buenos ó malos, según la naturaleza del clima en que viven, y adquieren complexión diferente de la que antes tuvieron, como las plantas; por eso Ciro no consintió que los persas abandonaran su país, cubierto de fragosidades y montañas, para trasladarse á otra región más llana, considerando que las tierras feraces y de dulce clima hacen á los hombres flojos, y las fértiles convierten en estériles los espíritus; si vemos ya florecer un arte, ya otro, ya una creencia, ya otra diferente, merced á la influencia atmosférica; que tal siglo cría ciertas naturalezas é inclina al género humano á esta ó á la otra tendencia, y el espíritu de los hombres ya vigoroso, ya raquíco como nuestros campos, ¿adónde van á parar todas las hermosas prerrogativas de que nos vanagloriamos? Puesto que un hombre sabio puede engañarse, y cien pueblos enteros, y hasta la naturaleza humana yerra durante siglos en unas cosas ó en otras, ¿qué fijeza podemos tener en que á veces deje de engañarse ni de que en el siglo en que vivimos deje de incurrir en error?

Paréceme que entre otros testimonios de nuestra debilidad, el siguiente no debe echarse en olvido: ni siquiera por deseo vehemente acierta el hombre á encontrar lo que le precisa: no ya sólo experimentalmente, ni siquiera en imaginación ni deseo podemos acomodarnos con aquello de que habríamos menester para nuestro contentamiento. Dejemos á nuestra mente tejer y destejer á su sabor, tampoco será capaz de desear lo que la es propio para satisfacerse:

1. La naturaleza del clima influye en el desarrollo corporal, así como en la conformación del espíritu. VEGECIO, I, 2.

2. El ambiente de Atenas es tenue, sutil, por lo cual los atenienses se distinguen por su perspicacia; el de Tebas, denso, de donde viene que los tebanos sean rudos y vigorosos. CICERÓN, *de Fato*.

Quid enim ratione timemus,  
Aut cupimus? quid tam dextro pede concipis, ut te  
Conatus non poeniteat, votique peracti? 1

Por eso Sócrates no pedía que los dioses le concedieran sino aquello que conforme al juicio de los mismos pudiera serle saludable; y los rezos de los lacedemonios, así los públicos como los particulares, iban simplemente encaminados á que les fueran otorgadas las cosas buenas y hermosas, dejando á la discreción del supremo poder la elección y escogitamiento de las mismas:

Conjugium petimus, partumque uxoris; at illis  
Notum, qui pueri, qualisque futura sit uxor? 2

y los cristianos ruegan á Dios « que su voluntad se cumpla », para no ir á dar en la desdicha en que la mitología nos dice que cayó el rey Midas, quien suplicó á la divinidad que todo cuanto tocara se convirtiese en oro; su ruego fué escuchado, y el vino que bebía trocóse en oro, lo mismo que el pan que comía, el lecho en que reposaba, su camisa y sus vestiduras; de suerte que se vió agobiado bajo el goce que le procuró la realización de sus deseos, y sumido en una dicha insoportable, siéndole necesario rogar de nuevo para quitársela de encima:

Attonitus novitati mali, divesque, miserque  
Effugere optat opes, et, quæ modo voverat, odit? 3

De mí mismo diré que habiendo solicitado de la fortuna, cuando joven, como el mayor de sus favores, la orden de San Miguel, que era entonces el mayor y más singular honor de la nobleza francesa, me fué dado disfrutar de tal distinción, ¡pero de qué modo! En vez de realzarme y elevarme del lugar que antes ocupaba, merced á tan honorífica posesión, aquélla me trató de suerte diferente, pues la humilló hasta el nivel de mis hombros y aun más bajo todavía. Cleobis y Bitón, Trofonio y Agamedes rogaron, los primeros á su diosa y los últimos á su dios, que les concediera una recompensa digna de la piedad que albergaban en sus pechos, y el presente que recibieron fué la muerte: ¡de tal modo los juicios celestes difieren de los nuestros en punto al conocimiento de nuestras necesidades! Podría Dios otorgarnos las riquezas, los honores, la vida y la salud misma, en ocasiones en perjuicio nuestro; pues no nos es saludable todo lo que nos es grato. Si en lugar

1. ¿Cuál es la razón de nuestros temores ó de nuestros deseos? ¿Tuviste acaso la fortuna de concebir algo de que más tarde no te arrepientas, aun siéndote el éxito favorable? JUVENAL, *Sat.*, X, 4.

2. Pedimos mujer y deseamos descendencia, mas sólo los dioses saben quién será nuestra esposa, quiénes nuestros hijos. JUVENAL, *Sat.*, X, 332.

3. Atormentado por tan extraño suplicio, desea librarse de estas riquezas que le reducen á la indigencia más extremada y odia lo que antes apeteciera. OVAIO. *Metam.*, XI, 428.

de la curación nos envía la muerte ó el empeoramiento de nuestros males, *virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt* 1, hácelo por razones de su providencia, la cual considera con mirada infalible lo que nos conviene, y nosotros carecemos de capacidad para saberlo. Aceptémoslo buenamente como todo lo que emana de una mano sapientísima y amiga:

Si consilium vis:  
Permites ipsis expendere numinibus, quid  
Conveniat nobis, rebusque sit utile nostris..  
Carior est illis homo quam sibi? 2

pues solicitar de los dioses honores y cargos, es pedir que nos lancen en un combate, en medio de los azares, ó de cualquiera otra complicación, cuya salida es incierta y dudoso el fruto.

Ninguna lucha tan empeñada ni ruda como la que sostienen los filósofos sobre la cuestión de conocer cuál sea el soberano bien del hombre. Varrón calcula que de tal pendencia nacieron doscientas ochenta y cinco sectas. *Qui autem de summo bono dissentit, de tota philosophiæ ratione disputat* 3:

Tres mihi convivæ prope dissentire videntur,  
Poscentes vario multum diversa palato:  
Quid dem? quid nom dem? Renuis tu, quod jubet alter;  
Quod petis, id sane est invisum acidumque duobus? 4

Así debía responder la naturaleza á tantas cuestiones y debates. Los unos dicen que nuestro bien reside en la virtud; los otros en el placer; algunos en no contrariar ni violentar las propias inclinaciones; quién asegura que en la ciencia; quién que en la carencia de dolor; quién en no dejarse llevar por las apariencias. Á esta opinión se asemeja la sentencia de Pitágoras:

Nil admirari, prope res est una, Numici,  
Solaque, quæ possit fecere et servare beatum? 5

que es el ideal de la secta pirroniana. Atribuye Aristóteles á magnanimidad el no admirar nada, y Arquesilas decía que el fundamento de la rectitud é inflexibilidad del juicio eran los vicios y los males. Verdad es que en lo que sentaba como axioma apartábase de los pirronianos, los cuales

1. Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo. -*Salmo XXII*, 4.

2. He aquí mi consejo: deja que los dioses nos den lo que nos convenga, lo que ellos saben que es para nosotros provechoso... Los dioses aman al hombre más que á sí se ama á sí mismo. JUVENAL, *Sat.*, X, 346.

3. Disintiendo acerca de lo que sea el sumo bien del hombre se cae en forzoso desacuerdo sobre la totalidad de la doctrina filosófica. CICERÓN, *de Finibus*, V, 5.

4. Tengo á mi mesa tres convidados, cada cual con gusto diferente, cada cual deseoso de comer cosas distintas. ¿Qué les daré? ¿qué no les daré? Tú rechazás lo que otro apetece; lo que tú deseas es desagradable para los otros dos. HORACIO, *Epis.*, II, 2, 64.

5. No admirarnos de nada, amigo Numicio, es acaso el medio único y solo que puede darnos y conservarnos la felicidad. HORACIO, *Epis.*, I, 6, 1.